

Saltamundos

SALTAMUNDOS

FRAN RUIZ



pacoelmago.me

Saltamundos

©Francisco Ruiz Serón

Primera edición: marzo 2023

ISBN: 978-84-09-49501-6

Printed in Spain – Impreso en España

Ilustración portada: Gabriel “Sopa” Boryc

Corrección: Francisco Ruiz

Maquetación: Francisco Ruiz y Laia Martínez

Prueba de identificación en Safe Creative: 2303133788684

*A mi madre, aunque lo que escribo no sea “de su estilo”,
se lo lee y me apoya, porque soy su hijo y me tiene que querer.
Igual que yo la quiero a ella.*

“Hay una teoría que afirma que si alguna vez alguien descubre exactamente para qué es el Universo y por qué existe, este desaparecería instantáneamente y sería reemplazado por algo mucho más raro e inexplicable. Hay otra teoría que afirma que esto ya ha sucedido”.

Douglas Adams

1

TRES MESES DESPUÉS DE ABANDONAR A RON SIERRA, UNIVERSO X

Alguien me dio un codazo por detrás. Me giré para ver quién había sido; solo era un borracho torpe. Se disculpó y aprovechó para intentar ligar conmigo. Le dije que me esperase fuera del bar, que en un momento iba. Cuando lo vi salir por la puerta, cogí mi bebida, me fui a la otra punta de la barra y volví a centrarme en mis pensamientos.

Aquella noche el local estaba a reventar de gente. Gente que en unos instantes iba a morir. Para ellos pasarían años, pero para otros ni siquiera un suspiro. ¿Debería preocuparme en conocer a aquellas personas? ¿Valían algo sus vidas si estas duraban menos de un segundo? ¿Valdría de algo que leyese mis poemas si iban a morir? La poesía se moriría con ellos. Todas sus vidas, todo lo que habían conocido y todo lo que había conocido todo lo que habían conocido desaparecería. Desaparecer, ¿de dónde? Vete a saber. Las cosas, los lugares, las personas, todo es relativo.

Incluso mis pensamientos eran breves, por lo que también lo era el diario que llevaba encima. Escribí un par de líneas acerca de lo que estaba pensando y lo volví a meter en el bolsillo de mi chaqueta. Suspiré, mirando a mi alrededor. Me fijé en los sofás que había repartidos por la sala, parecían cómodos. Mi taburete alto también lo era a su manera.

Después de huir de la casa de Ron Sierra, habíamos viajado por muchos universos y en todos había tenido la misma sensación. Al principio de nuestra aventura había pensado que iba a ser genial ver

lo que había fuera de mi planeta natal, en el espacio. Nunca imaginé que iba a dejar atrás ese espacio también. Y el siguiente, y el siguiente, y el siguiente... Como en una muñeca rusa, pero a escala universal. Universos enteros contenidos en otros universos, que a su vez están contenidos en otro más. Al salir de un universo a otro te encontrabas con que todo lo anterior ahí era una simple planta o un charco. Una realidad entera en un maldito charco.

Son distancias que mi cerebro nunca llegó a comprender del todo, y menos mal, podría haber perdido la cabeza. Y lo mismo pasaba con el tiempo; cada segundo que pasaba para mí eran miles de años que pasaban en el universo inferior, y así sucesivamente. Di un trago a mi bebida por no poder imaginarlo del todo, gracias a la capacidad limitada de mi cerebro.

El local era, de algún modo, austero y excéntrico al mismo tiempo. Estaba bien decorado, pero lo justo. Como si quisiese ser bonito sin que eso significase exagerar. ¿Quién en todos los universos que existan puede siquiera pensar que la belleza no conlleva exageración? La belleza, si no es exageración, no es belleza. Es cualquier otra cosa.

—Si no has venido a la vida para exagerar, quédate en tu inexistencia a mantener las cosas en su justa medida —dije susurrando. Otro borracho de los que tenía al lado me dedicó una mirada de odio. Vas a morir solo, solo y borracho, pensé.

¿Por qué habría tanta gente reunida aquel día?, me pregunté a mí misma, como si no conociese la respuesta. Intentaba darle un poco de emoción a la noche. Aunque, pensándolo mejor, ser la única que sabía lo que iba a suceder, ya era emocionante de por sí.

Hice un gesto a la camarera para que me trajese otra bebida. Solo estaba pidiendo zumos y refrescos, el alcohol había dejado de ser una bebida divertida para mí.

—¿Te falta algo? —me preguntó ella.

—Sí, tráeme un refresco igual que el que me has traído ahora, por favor —contesté levantando el envase. No sabía ni qué refresco era ese ni cómo leer su nombre.

Me miró con la cara que supuse que estaba reservada en su colección de caras para la gente que iba a un bar a pedir un simple refresco. Vas a morir y tu colección de caras no será nada más que polvo, pensé. Polvo metafórico, porque ni siquiera hay polvo en la nada. Mientras pensaba todas esas cosas, su expresión cambió a una cara amable en la que confiar tus pedidos. Cualquier pedido.

—Ahora mismo —me contestó.

Aproveché para fijarme en una estantería con libros y alguno me resultó familiar, aunque con la poca luz que había en el sitio no podía distinguirlo bien. Me encogí de hombros y no le di más importancia.

Me trajo otra lata y otro vaso con hielos y se llevó los que ya había usado. Ahora venía el toque que me convertía en una borracha más aquella noche. Pensando en que nadie me veía, me saqué un frasquito del bolsillo de absurdina y lo mezclé con la bebida que me había traído la camarera, formándose un burbujeo que rebotaba de un lado a otro dentro del líquido. Era el penúltimo frasco que nos quedaba.

La camarera me observaba hacerlo desde el otro lado de la barra, aunque yo eso no lo sabía entonces.

Al fondo de la sala se iba a jugar la final del torneo más importante del mundo de *El juego ese*. Yo misma había organizado el torneo. Como no sabía el nombre de aquel planeta, ni del país, ni siquiera de la ciudad en la que estábamos, lo llamé: "*El torneo más importante de la historia*", y con eso quedó claro que era importante y que me refería a la historia del mundo en el que pisábamos.

Aquello era todo un espectáculo. *El juego ese* era un simple juego

de cartas, que, debido a su complejidad y teatralidad, no solo era divertido jugarlo, también lo era verlo. Aunque no entendieses las normas, que poca gente lo hacía, lo más interesante era ver qué era lo siguiente que hacían los jugadores después de cada movimiento. Las respuestas a los ataques del rival, la tensión del ambiente, la narración del comentarista... Ah, sí. Había contratado a un comentarista.

Fue acordarme de él y que apareciese. Iba vestido con una camisa blanca, americana y pantalones negros, sin corbata. Se había puesto sus mejores galas para la final. Ya no llevaba su gorro metálico característico, hacía un par de semanas que había decidido quitárselo. A mí me pareció buena idea, ya estaba empezando a oxidarse un poco.

—Buenas noches Ma... Lu... On... ¡Amigos! —Su voz se alzó sobre la de la gente, que dejó sus conversaciones a un lado para escucharlo a él—. ¿Qué tal estáis hoy?

"Diez coma cuatro", respondí mentalmente. Era la escala que usábamos para medir cuánta absurdez había en nuestro cuerpo. Tenías que sumar cinco y cinco, y cuanto más cerca estuviese de once la respuesta, más absurdo ibas.

—¡Estamos bien! —respondió el público, que se había girado por completo hacia el pequeño escenario que se había preparado para la ocasión.

Allí había una mesa cuadrada, dos sillas en dos lados enfrentados, colocadas para que los jugadores quedasen de perfil al público y se pudiese ver bien la partida. Encima de la mesa había una baraja francesa. En aquel lugar nadie sabía qué era Francia ni por qué habían inventado una baraja de cartas, pero también habían aprendido a llamarlas así.

Si había algo que recordar de la Tierra, Francia no era.

La Tierra. En algún momento había decidido no volver a pensar en ella nunca más. Como en el juego de la gallina, que es algo tan simple como: "*No te imagines una gallina*" y ya has perdido. Pues lo mismo pasa con los recuerdos. Solo con no querer acordarte de algo lo tendrás presente cada dos por tres.

—Hoy es la gran final del torneo más importante de la historia de *El Juego ese*. Habrá golpes, sangre, movimientos ocultos, escaleras reales, *pokers* y *repokers*. Todo lo que uno pueda imaginar.

Todo lo que las dos mentes más grandes y tozudas que haya conocido nunca pudieron construir durante momentos intercalados de aburrimiento en tres meses. El comentarista se puso a contar algunos chistes mientras hacía malabares para calentar el ambiente. Después de tres florituras se le cayó una pelota encima de la copa de un cliente, se puso nervioso y lanzó las otras dos más fuerte de lo debido, reventando una bombilla del techo. Ya le dije que no había problema con los chistes, pero que los malabares no iban a salir bien.

Tras llevar mucho tiempo allí metida con tanto ruido de fondo, el silencio de la expectación se me hizo raro. Tal vez fue para matar aquella sensación o tal vez fue porque a mí me había gustado su actuación, empecé a aplaudir de forma tímida. Unos segundos después, más manos decidieron chocar entre sí para acompañarme, por lo que aumenté el ritmo a un aplauso de verdad y todos los presentes se unieron.

El comentarista me miró, agradecido, aunque no tuviese una cara con la que mirarme. Un hombre vestido de uniforme azul barrió los cristales rotos sin dejar de resoplar.

—¡Muchas gracias! Vamos a presentar a los finalistas. ¡Vaya dos son! Han llegado a la final no solo invictos, sino con partidas en las que han arrasado a sus rivales.

Y por alguna razón no se han enfrentado entre ellos hasta ahora,

pensé sonriendo.

—Por un lado, tenemos al detective más famoso de todos los universos, la persona que sabe divertirse en cualquier sitio, azote del misterio y portador de chándal a tiempo completo. Dicen que no se quita el gorro ni para cagar. —Estaba segura de que la gente no había entendido ni la mitad de las cosas que había dicho el comentarista, pero como sonaban bien, se las creían—. ¡Un fuerte aplauso para Cuchu Rumín!

Cuchu subió al escenario con una bebida en la mano, en la cual un burbujeo rebotaba de un lado a otro, igual que en la mía. Saludó levantando su vaso y dando una patada al aire justo antes de sentarse. La flexibilidad que le otorgaba el holgado pantalón era digna de lucirse.

El comentarista carraspeó antes de continuar, pese a no tener ninguna garganta que aclararse.

—Por otro lado, tenemos a la mente más brillante de todos los tiempos. Aquella conocedora de todas las teorías, abierta a aceptar cualquier respuesta y dispuesta a pensar después la pregunta. La mujer que el aburrimiento utiliza para asustar a sus hijos por las noches. ¡Pido una gran ovación para Sana Cabeza!

Sana fue mucho más calmada hacia su silla, sin hacer tonterías ni exponer la bebida de su vaso al público, pese a ser recibida con el mismo entusiasmo que su rival. Se sentó sin mirar a Cuchu a los ojos en ningún momento. Tampoco Cuchu hizo por mirar a los de ella. Los dos miraban hacia puntos que nunca era directamente alguna parte del cuerpo del otro.

Como era tradición antes de empezar cada partida, el comentarista formuló una pregunta a los finalistas.

—¿Alguno de vosotros es Juan Estrecho?

Los dos negaron con la cabeza.

—¿Alguno de vosotros es Bentos Eca?

Los dos negaron con la cabeza, otra vez. Una sonrisilla nostálgica se dejaba ver en sus labios. También en los míos. En los del comentarista, aunque no los tuviese, también.

Se hacían esas dos preguntas debido a la primera norma del juego. Como allí nadie sabía quiénes eran Juan y Bentos, o Bentos y Juan, depende de a quién preguntes, tenían que asegurarse de que los participantes no eran ellos. Acto seguido, el comentarista tiró una moneda al aire, la cual cayó con la cruz hacia arriba.

—Ha caído más cerca de Sana, así que reparte ella. Como ha caído cruz, Cuchu tiene derecho a cortar después. La moneda es redonda, que no significa nada, pero yo lo digo.

La gente se quedó ensimismada mientras Sana mezclaba las cartas. La moneda es redonda, susurraban algunos. Vaya movida, decían otros. Cuchu cortó la baraja con fuerza y los sacó de sus cavilaciones. Nadie nunca más volvió a pensar tanto en la redondez de una moneda.

—Preparados, listos, ¡ya! —dijo el comentarista, dando la señal de salida.

Los dos agarraron sus paquetes de cartas para terminar con aquello cuanto antes. A ninguno de los dos les importaba el premio en metálico que había puesto para el ganador ni la fama que suponía ser campeón del torneo más importante de la historia ni nada parecido. Solo querían ganarse el uno al otro. Históricamente, entre ellos el resultado era empate; se habían ganado las mismas veces entre sí y el resto de partidas habían terminado en tablas.

—¡Madre mía! Esto empieza fuerte. Cuchu sale con la jugada del oso, que no se veía aquí desde hace años. Sana no se deja intimidar y responde con la espada de agua, prohibida en el setenta y tres, pero readmitida en el setenta y dos. —Hice bien en contratar a un

comentarista que sabía tanto del juego que se podía inventar todos los nombres, comentarios y anécdotas que quisiera. Él era un tramposo experto, se sabía el reglamento a la perfección para poder saltárselo—. Esta será una partida muy igualada amigos, nunca había visto a nadie jugar así.

Sana y Cuchu, más que jugar, discutían. Cualquiera podría pensar que estaban siguiendo una coreografía ensayada, como si los movimientos de uno llevasen a los del otro. Pero aquella visión era errónea, propia de alguien que no entendía el juego y mucho menos a los dos participantes.

Hacía tiempo que para ellos jugar se había convertido en algo como respirar: lo hacían sin pensarlo, de forma automática. Ninguno de los presentes había notado que desde que el comentarista había dado la salida, los dos habían clavado la mirada en los ojos del otro y no la habían apartado en ningún momento. No estaban pendientes de lo que hacían sus manos, solo se leían el uno al otro a través de sus miradas.

—No creo que Cuchu pueda responder con el caballo al viento... ¡Lo ha hecho! Ha sacado el caballo de la cuadra y lo ha dejado pasear por el campo. Pero no contaba con que Sana ha regado con fuego su huerto y las llamas le están oxidando las herraduras al caballo de Cuchu. Espera, no me lo puedo creer, ¡son herraduras inoxidables! ¿Cómo? El fuego de Sana escupe rayos láser...

En algún momento desconecté la cabeza de lo que decía el comentarista, sobre todo para conservar mi cordura. Se había puesto nervioso, por lo que ya empezaba a delirar más de la cuenta. Yo solo tenía que estar pendiente de una cosa. Por eso no veía que alguien más estaba pendiente de mí también.

La partida se extendió unos quince frenéticos minutos en los que ni Cuchu ni Sana dejaron de mover las manos ni de mirarse a los

ojos. El comentarista seguía narrando todas y cada una de las jugadas de ambos. Yo estaba esperando el momento. El momento que siempre se repetía al terminar una partida de *El juego ese*, que yo misma había visto tantas veces.

Al final, cuando las manos de los jugadores dejaron de moverse, cuando el comentarista dejó de hablar y el público se quedó en silencio, expectante, los dos se dieron cuenta de que la partida había terminado. No dejaron de mirarse todavía.

—Tenemos un empate, amigos —sentenció el comentarista—. ¡Qué despliegue de talento! Ha estado muy muy igualado, creo que el resultado era más que esperable.

Fue entonces cuando los dos bajaron la mirada, cerraron un momento los ojos y se dejaron caer sobre sus sillas, agotados. Sus manos se posaron en la mesa, desprotegidas.

Entonces grité.

—¡Escolopendra!

Esa era la señal. El comentarista absorbió su ropa, mostrando su oscuro y profundo cuerpo. Era el cuerpo de un agujero negro. Antes de que Cuchu y Sana pudiesen reaccionar, Agus se sacó unas esposas de sí mismo y se las puso a los dos. Estaban hechas de recubrimiento oscuro, que era carne de agujero negro empobrecida. Hicieron efecto de inmediato: Sana y Cuchu empezaron a orbitar alrededor de Agus. Aunque ese efecto en realidad era opcional.

Apuré mi vaso de un trago y salí corriendo hacia el escenario. Algunos se habían levantado, confusos, sin saber muy bien qué hacer ante aquel monstruo oscuro de estatura media que se había alzado ante ellos. Todavía estaban midiendo sus posibilidades en una pelea con él. La camarera me gritó algo por detrás, pero no la escuché. Supuse que se estaría quejando de que no le había pagado las bebidas.

Agus tenía unos agarres a la espalda, justo a unos milímetros de su horizonte de eventos, hechos del mismo material que las esposas de Cuchu y Sana. Yo también tenía un trozo de Agus en el bolsillo, que me servía para comunicarme con él a distancia y saber siempre nuestra ubicación. Me subí al agujero negro de un salto. Mis manos agarraban con fuerza los soportes y mis pies encajaban perfectamente en las hendiduras, quedando yo en una posición de escaladora congelada en el tiempo. Estábamos listos para irnos de allí. Cuanto antes, mejor.

Cuchu y Sana ya se estaban quejando de lo sucedido, pero igual que había hecho con la camarera, decidí ignorar sus voces hasta que llegásemos a la nave. No era momento de discutir nada, solo de huir.

—Agus, vayámonos de aquí —le dije al agujero negro.

—¡Eh! ¿Desde cuándo sigo las órdenes de una simple humana? —se quejó él.

—Desde que somos amigos, deja de hacer el tonto.

—Solo quería dejar claro que soy un agujero negro. Tan poderoso como cualquier otro.

Sonreí a su espalda. Como en realidad no era su espalda, me vio sonreír. Sé que él también sonrió, porque empezó a vibrar con fuerza. Fue uno de los pocos momentos en aquel tiempo que me sentí viva del todo. El plan había salido bien.

—Tienes toda la razón —dije justo antes de que se alzase.

Agus hizo fuerza hacia el techo y este reventó hacia arriba. Salimos volando hacia el cielo sin despedirnos de nadie. Total, como dije al principio, en menos de un segundo estarían todos muertos. Daba igual que hubiesen visto a un agujero negro a tres metros de distancia, que contasen a todo el mundo lo sucedido y que la noticia se hiciese eco en otros planetas. Incluso en otras galaxias. Sería un susurro que moriría antes de llegar a ningún oído.

Al menos a alguno vivo.

Quizá toda la diversión que había en vivir aventuras por diferentes universos quedaba eclipsada por este tipo de reflexiones. Estaba volando, subida a un agujero negro, después de haberla liado en un bar cualquiera y haberme ido sin pagar. ¡Era algo increíble! Cualquiera al que se lo contases se sorprendería. Claro, que, aquí volvemos al bucle de pensamientos.

Había aprendido muchas cosas en aquel viaje, pero todavía me quedaba la más importante. Algo que me enseñaría la misma persona que intentaría matarnos, pero que a la vez nos salvaría a todos.

Relativizar.

